

**EL SENTIDO DE LA COLONIZACION DE HISPANOAMERICA
SEGUN LA HISTORIOGRAFIA
AMERICANA CONTEMPORANEA**

Eduerto Oscar Acevedo

Desde hace varios años, en el Instituto de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, con un equipo de colaboradores, venimos trabajando en la elaboración -tipo empresa de avanzada- de una historiografía americana contemporánea.

Hasta aquí, por los resultados obtenidos, podríamos decir que hemos logrado una apertura textual moderadamente apta como base para futuros trabajos.

Pero, contando con ella, decidí aceptar la gentil invitación de esta convocatoria, pues pienso que puede resultar interesante mostrar, a través de la evolución de esa historiografía, cuál ha sido la posición con que se ha enfocado el sentido de la colonización de Hispanoamérica.

Esta tarea se encuentra justificada por su atractivo. Pues, como escribió un maestro español:

"considero a la historiografía como fuente histórica de primordial importancia. Al narrar e interpretar el pasado, próximo o lejano, cada historiador refleja en esa imagen su propia mentalidad, y también aquella de la época en que escribe:

ideas, convicciones, emociones y valores vigentes en ese momento se expresan siempre al narrar las épocas pasadas, por muy objetiva que trate de ser la re-creación del tiempo ido. Junto a la verdad objetiva, deben tenerse en cuenta los "mitos" de tiempos pretéritos, es decir, todo aquello que los contemporáneos creyeron, esperaron, se propusieron alcanzar y consideraron como ideal deseable, con independencia de que esa fe tuviese una base cierta o imaginaria, de que esas metas se alcanzasen o no, de que esos ideales fueran realizables o utópicos. La historiografía de cualquier época es siempre una atalaya, no sólo sobre el período en ella historiado, sino también sobre el tiempo en que fue escrita" ¹.

Cabe otra advertencia. En trabajos de este tipo es fundamental proceder a realizar varias selecciones. Primero: selección de historiadores, es decir, que se debe escoger a los que se considera principales. Segundo: selección de temas o de problemas o de enfoques, pues no debe considerarse solamente a aquéllos que hicieron historiografía americana en general, sino también - ¡y cómo no! - a los que trabajaron enjundiosamente en la propia historia nacional de cada país. Y, en tercer lugar, una selección conceptual, pues para este tipo de comunicación resulta importante definir a la historiografía como una contribución a la historia intelectual, social y política de los tiempos en que las obras consideradas se escribieron (Definición de Peter Geyl). ² Es decir, en pocas palabras, que será importante siempre, conocer la posición ideológica del historiador -a veces, expresión de una corriente- con la cual formula su visión del pasado.

Por último, será preciso advertir que no todas las historiografías nacionales han seguido la misma evolución, ya que los problemas propios han hecho derivar la atención de los estudiosos hacia cuestiones concretas y peculiares de los respectivos países, que pudieron encontrarse en tiempos históricos distintos (Piénsese, sin ir más lejos, en la Cuba colonial de fines del siglo pasado, cuando la mayor parte del resto del continente estaba en plena organización constitucional).

Los hombres que escribieron historia en los primeros cincuenta años del siglo XIX, no pudieron dejar de ser individuos de su tiempo y, como tales, herederos de las directrices ideológicas que encuadraron su época.

En el siglo XVIII, el pogeo de la monarquía absoluta coincidió con un cada vez más creciente proceso ideológico denominado movimiento de la Ilustración que, sobre la base del desarrollo del racionalismo, comenzó una crítica amplia al pasado y a la tradición, sometiendo todo a un análisis despiadado bajo nuevos conceptos: la idea del progreso constante, la libertad individual, la confianza ilimitada en el hombre y en su perfectibilidad, la marcha ascendente de la civilización, la creencia en la utilidad y en la practicidad de los estudios por sobre los saberes clásicos, etc.

Si bien hubo un momento en que pudieron coexistir los valores tradicionales con los impulsos innovadores -mediante una cierta renovación que exitó el Despotismo Ilustrado y en la que cabe apuntar equilibrio entre religiosidad y racionalismo, monarquía absoluta y aspiraciones constitucionales o derechos- es lo cierto, como escribió Jaime Eyzaguirre, que pronto, el empuje de las nuevas ideas se dirigirá, fundamentalmente, contra las dos pilares de la estructura política europea: la religión y el trono. Entonces, el equilibrio se romperá y una honda crisis espiritual se extenderá a uno y otro lado del Atlántico.

Quienes viven y piensan y estudian y escriben entre fines del 1700 y 1850 han sabido, comentado o pasado por tres grandes revoluciones: la de la independencia de los Estados Unidos, la francesa y la de la emancipación hispanoamericana.

Y esta última, llevada a cabo, durante quince largos años mediante una guerra contra una monarquía desprestigiada por decadente, ha conducido al triunfo y al establecimiento de una serie de gobiernos cuya base es la proclamada soberanía del pueblo, la división de los poderes y la instauración de cierto constitucionalismo liberal con rasgos personalistas.

En este clima trabajaron nuestros primeros historiadores. Bajo esta denominación colocamos a aquellos (como siempre, los más destacados de los diversos países) que se aplicaron, en su afán por desentrañar los orígenes de la nacionalidad respectiva,

al estudio del fenómeno revolucionario que les dio nacimiento como entidades independientes.

En el conjunto amplio de los primeros historiadores de la época republicana en América, encontramos tanto a liberales como a conservadores (éstos en clara proporción menor) y, también a liberales románticos, progresistas, radicales, etc.

La historiografía mexicana de la época está integrada por cuatro nombres importantes: Carlos María de Bustamante, Lorenzo de Zavala, Lucas Alamán y José María Luis Mora.

Con referencia a la colonización hispanoamericana podríamos integrar un grupo casi coherente de opiniones con tres de ellos: Bustamante, Zavala y Mora, y dejar, como expresión diferente, a Alamán.

Porque, por su posición espiritual e ideológica, aquellos vieron en la Iglesia Católica y en España y su acción en América todo lo contrario del proceso en búsqueda de la libertad que habría sido la revolución de independencia pues, como dijo uno de ellos (Zavala) "no trajo sino despotismo, superstición, ignorancia, injusticia, monopolios, orden bajo terror". La colonia fue, para él, un "período de silencio, de sueño, de monotonía, durante el cual los indios estuvieron sometidos sin ningún género de independencia, sin siquiera la esperanza de tenerla algún día".³

Hay que anotar que existieron matices diversos entre ellos. Por ejemplo: Mora que vio a la Historia como una empresa de individualidades desechando el papel de las masas, entendió que Hernán Cortés fue el actor fundamental de la conquista ya que sin su participación esa operación no hubiera sido posible. Por lo tanto, escribió, "México... debe su fundación" a este conquistador.⁴

De cualquier manera, es evidente que fue Lucas Alamán el hombre que revalorizó de otra forma la colonización española de América. Preocupado por encontrar cuál era la ubicación histórica de México, dedicóse a buscar el sentido del pasado de ese país. En sus *Disertaciones* afirmaría que el dominio español dio origen, desde el siglo XVI, a la nación mexicana. Destaca, a este propósito, las instituciones que contribuyeron a dar civilización y paz a México. Por lo tanto, pondera con entusiasmo la labor de las órdenes religiosas.

Como ha dicho una autora, las *Disertaciones* son un himno a la fuerza pujante de la raza hispana, a la grandeza vital

de los hombres del Renacimiento, a la pureza de las virtudes cristianas".⁵

Para nuestro objeto, más interesante que la posición del venezolano Rafael María Baralt, que hizo un *Resumen* de notable claridad y orden, es la del ecuatoriano Pedro Fermín Cevallos quien, dedicado a destacar la labor de los héroes fundadores de su patria independiente, consideró que ésta nada debía (o muy poco) a la acción civilizadora de España. O sea que una de las características de su obra es su antiespañolismo. Además, otras notas de la *Historia* de Cevallos son: un indigenismo ingenuo, una acomodación de los hechos a teorías personales y la convicción de que la Independencia traería todas las posibilidades y, entre ellas, la república como régimen que superaría a la arbitrariedad en que se había vivido.

Esta posición -*mutatis mutandis*- es más o menos la del colombiano José Manuel Restrepo, historiador de la *Revolución de la República*, quien escribió cosas como éstas: "la masa general de los granadinos y venezolanos estuvo sumida en la más profunda ignorancia cerca de tres siglos...; pueblos que vivieron en la esclavitud más degradante, dominados por la Inquisición y por el sistema colonial".⁶

En cuanto a la historiografía peruana, estaría integrada por dos nombres: Manuel de Mendiburu, autor de un *Diccionario histórico biográfico*, y Mariano Felipe Paz Soldán, en cuya *Historia del Perú Independiente* dió cabida a la época de la organización virreinal.

Por su parte, la historiografía centroamericana - representada por Alejandro Marure y Manuel Montúfar y Coronado- es hija también de la Ilustración y la posición de ambos frente a los acontecimientos es bastante liberal.

Podemos finalizar esta parte con una referencia a los que llamo memorialistas chilenos, autores de Diarios, Bosquejos, Apuntes y Crónicas importantes por el esfuerzo de recopilación y de narración generalmente honrada y sincera que hicieron.

Como se ha visto hasta aquí, esta primigenia historiografía americana con la excepción de Alamán, ha levantado la primera requisitoria contra España y la colonización. Preocupada por fundamentar ideológicamente la existencia de los nuevos países,

ha tomado posición antiespañola, lo que es comprensible en un análisis somero.

Con posterioridad, si se pudieran marcar hitos o etapas dentro de la historia intelectual de la humanidad, diríamos que la época de la Restauración (de la Monarquía, por ejemplo, en Francia, después de 1815) al menos aparentemente, produjo un cambio de pensamiento denominado Romanticismo, especie de reacción contra la Ilustración, aunque procedente de ésta.

Una autora mexicana ha escrito: "Del fracaso político se dedujo que en la Historia residía una sabiduría oculta, muy superior a toda perspicacia humana. Era indudable que, a pesar de los esfuerzos racionales del hombre por estimular el progreso, las fuerzas históricas, los antiguos poderes -es decir, la irracionalidad- se mostró (sic) más fuerte que las creaciones políticas construídas por la Ilustración.

"Se inició entonces una nueva forma de interpretar la historia que le negaba al individuo el derecho a poner su atrevida mano sobre el curso de los acontecimientos...; había que acatar la situación creada por la historia, mucho más sabia que el hombre. La historia dejó de ser lección para la acción, para convertirse simplemente en maestra que nos señalaba los límites hasta donde se podía llegar sin contravenir el orden de cosas dispuesto por Dios... El Romanticismo recomendó la Historia Nacional como la única digna de estudio, y dentro de ésta, la búsqueda del *espíritu del pueblo*, el verdadero autor de los acontecimientos históricos. Se acrecentó también el empeño por precisar mejor, en las distintas épocas, el paisaje histórico y las diferencias entre las diversas nacionalidades".

Además, "el Romanticismo decidió que era imposible analizar fríamente la historia; ésta, por el contrario, debía arrebatarse, emocionar, por medio de largos relatos que resucitaran el pasado y le hicieran vivirlo al lector (Aparecerá entonces el *genio del pueblo* expresado en los conceptos personificados de la nacionalidad, la fe religiosa, el arte nacional", etc.)⁷

Aunque hubo grandes historiadores románticos como Chateaubriand, Carlyle y Thierry, el Romanticismo, que precisaba de color local, que ponía en primer plano la narración, hizo de la novela histórica una de sus más acusadas expresiones".

Y un autor argentino ha expuesto que "En el 'ethos' romántico, el movimiento turbulento y oscuro del alma prevalece

sobre el reposo de la razón, la generalización intuitiva y emocional suplanta a la generalización conceptual, el inconsciente desapoyenta a lo consciente, el sumergimiento en los tiempos remotos se torna compensación, fuga y bálsamo frente a la aridez e insatisfacción del presente. Lo decadente y lo revolucionario, el apego a la tradición y la rebeldía ante la vida, se anudan en el romanticismo de la manera más íntima, contradictoria y enigmática impregnando todas las manifestaciones del espíritu.

"Por su devoción hacia el pasado, por su exaltación de las fuerzas humanas, por su finura para revelar las peculiaridades de los pueblos, el romanticismo rejuveneció el pensamiento histórico y creó la historiografía moderna".⁸

Más adelante (pero uniendo, intercambiando y hasta mezclando conceptos, como se verá), con el avance del siglo hacia su mitad, nuevos hechos de bulto van a producirse, por ejemplo, en Francia, donde se llegará a la proclamación de la Segunda República (25 de febrero de 1848). El poeta Lamartine se encontrará al frente del Estado y una nueva Constitución será promulgada (12 de noviembre de 1848).

Al respecto, Fueter escribió: "La Revolución de Febrero (de 1848) tuvo casi tanta influencia sobre la historiografía como la revolución francesa de 1789. Su primera consecuencia fue extender sobre el pueblo la mirada del historiador. Se reconoció en las condiciones económicas un valor independiente, paralelo a las formas políticas. Los historiadores buscaron determinar las fuerzas sociales que actuaban en los cambios políticos".⁹

Para que ocurrieran estos nuevos cambios, fue necesaria la existencia de un ambiente revolucionario compuesto por diversos integrantes, aspiraciones y planteos, que se formularon como conquistas a alcanzar. Entre ellos, podemos nombrar al revolucionarismo como ejemplo y la participación popular, unidos al sufragio universal (propuestas de Lamartine); el acuerdo entre revolución y cristianismo, una especie de democracia cristiana *avant la lettre* (Lamennais) y, por último, las ideas socializantes de diversas vertientes: proudhonianos, blanquistas, saintsimonianos.

Todo esto va a revertir sobre los pequeños y aspirantes grupos de jóvenes intelectuales y políticos americanos, que tomarán como guía y bandera ese marco referencial.

Los ocho volúmenes de la *Histoire des girondins*, de Lamar-

tine, conocieron un éxito inmediato. Libro importante que si bien tiene poco o nada que ver con la historia, por su fantasía estremecedora de libertad repercutirá sobre mentes enfebrizadas supliendo así, con ventaja, a la verdad.

En cuanto a Lamennais, que empezó por defender a la Iglesia frente al liberalismo, desde 1829 con *Los progresos de la Revolución y la guerra contra la Iglesia* y, poco después, con el diario *l'Avenir*, tomó posición favorable a la libertad de conciencia, al progresismo, al naturalismo, por lo que su pensamiento sería condenado por Roma tal cual lo expuso en las *Paroles d'un croyante* (1834).

Y en lo referente al socialismo, formuló diversas propuestas: desde los talleres hasta el fomento industrial y la planificación, pasando por la lucha contra la propiedad y la formación de sociedades industriales y argumentando con los derechos de los trabajadores.

Como decía y salvo excepciones como Chile y Venezuela, en los demás países americanos la juventud, hacia los años 50, veía tres elementos perturbadores del orden republicano naciente: personalismo en distintas formas (dictaduras civiles o militares), el militarismo y la anarquía. Y esto, ¿a qué se debía?.

Creyó encontrarse la raíz del mal en la herencia española, en los vicios recibidos del gobierno colonial, en la mentalidad y en los usos y costumbres que habían presidido la vida durante tres siglos. Y entonces, como el presente es malo y se ha resuelto que la culpa de todo la tiene España, se procederá, o bien románticamente a pasar por alto esa época convirtiendo, a la vez, a lo que había existido antes, a lo indígena, en un mundo idílico, impoluto, incuestionable, o bien, buscando reemplazar ese presente conflictuado por las propuestas nuevas que vienen formuladas desde Europa.

Esa generación -nacida hacia los años 1810 y 1820 en América- se encuentra con que, preocupada por el destino de sus respectivos países a los que ve atrasados e impedidos de progresar, y a los que quiere cambiar, habrá de caer en una grave contradicción. Porque, si bien a la manera del romanticismo francés o alemán, se inquietará por la realidad, por los elementos propios de la vida hispanoamericana, a diferencia de los europeos que encontraban en su propia historia la justificación de su destino, aquí, los americanos, solamente hallarán elementos ne-

gativos. De este modo, ¿cómo construir un destino aborreciendo del pasado?

Entonces fue cuando se echó mano de las teorías de la argumentación intelectual utópica (en el sentido de ser de otro mundo, el europeo), que se quiere aplicar a América.

El romanticismo político se unirá al liberalismo para reaccionar y destruir la herencia española. "Desespañolizar" es la palabra del día. Esto, y el estímulo de la literatura política del 48 que llega en abundancia... y ya está.

Se ha conformado, así, una ideología cerrada, que con derechos escritos, libertades (de reunión, de expresión, etc.) y con el *sustratum* del racionalismo y del progreso indefinido, puede ser llamada liberalismo en cuanto convicción que defenderá apasionadamente que la única causa digna de la perfección humana será la de la libertad irrestricta y total del individuo, base de la organización social, política, religiosa, cultural y demás.

Ideología irrealista en cuanto a varias de sus aspiraciones -que son políticas y económicas- porque intentan aplicarse a sociedades retrasadas y con propia solera, sin burguesía industrial, sin manufacturas, talleres ni obreros organizados, con escasa experiencia en los cuerpos deliberativos y con poca población interesada en cuestiones de derechos, participación, representatividad democrática, etc.

O sea que se ha tomado de un modelo como el francés, principalmente, la parte teórica y se cree que pueden prender esas ideas, aun en sociedades distintas y hasta con condiciones opuestas. De las tres proposiciones: sufragio universal, cristianismo democrático (cuasi deísmo) e ideas socialistas, se ha hecho mayor fuerza por la primera (aunque ha habido ensayos y hasta escritos sobre las otras dos) pues se cree -es decir, creyeron los jóvenes intelectuales de esos tiempos- que la democracia en las elecciones traería aparejada la tolerancia, el progreso y la paz.

Véase, en consecuencia, cómo en América no hubo romanticismo histórico, tal cual se había dado en Europa, es decir, una actitud de comprensión de las expresiones gótica y barroca de la cultura occidental. O sea, una tendencia restauradora. No hubo aquí apreciación de los valores de la tradición americana.

El que llega o se da en América es el romanticismo revolucionario. Entonces, el contacto con el pasado agranda la grieta con respecto al presente (cuyo cuadro se ve como deso-

lador, por la falta de libertad, etc.) Al pasado no se lo mira para comprenderlo, sino para condenarlo.¹⁰

De los historiadores que podemos encuadrar en esta corriente, aún sabedores de que no fueron los únicos que pueden ser llamados románticos ya que algunas de las notas precedentes se dieron, de hecho, en otros que figurarán después, escogemos a uno, Benjamín Vicuña Mackenna, quien recibió la influencia del movimiento literario y social en Chile y, poco después, se apasiona por la lectura de los libros franceses que difundían nuevas teorías literarias y artísticas hasta empaparse de la obra de Lamartine *Los Girondinos* y transformarse en agitador revolucionario.

De su producción escrita, sobresalen libros como los dedicados a Carrera, O'Higgins o Portales, en los que hace el panegírico de los protagonistas. Son libros de un intuitivo genial, dueño de una potente imaginación y de una sensibilidad rica en matices y tonos, que siguió los procedimientos historiográficos de su época, cuyo ritmo estaba marcado por Michelet, Chateaubriand, Quinet, Lamartine, Luis Blanc "que habían llevado el romanticismo, la democracia y la filosofía a la historia". Los dos últimos, sobre todo, más románticos y políticos que filósofos, vaciaron el lirismo de su temperamento en las evocaciones de la revolución francesa; y fue con estos autores con quienes Vicuña descubrió su vocación literaria y bajo su influencia disciplinó sus aptitudes (...) Este género de composición llegó a ser en él sistemático, con los inconvenientes que presenta, por el abultamiento -a menudo desmesurado y siempre efectivo- de los personajes y por la desviación del criterio sobre la importancia relativa y la génesis verdadera de los acontecimientos".¹¹

Otra muestra de cómo Vicuña Mackenna se atenía a modelos europeos consiste en que, siguiendo la moda de Carlyle y sus *Héroes*, agrupaba en torno de una gran figura los hechos, los pueblos y las estructuras, es decir, todo cuanto ocurría a su alrededor.

Fue, en definitiva, un gran novelista de la historia o, mejor, un gran biografista histórico. A este rasgo cabe unir el de que puso a la historia al servicio de la política de sus propias convicciones doctrinarias. Y con la ejemplaridad de sus personajes hizo de ella una ciencia educativa.

Pero, como le faltaba espíritu crítico, sus caracterizaciones no son definitivas. Hay demasiado colorido e improvisación; hay

puerilidades y tono declamatorio. Y todo ello dentro de su intención política doctrinaria liberal que, por ejemplo, le hizo presentar siempre a la época colonial como sometida a la tiranía.

Hasta los primeros lustros del siglo XX continuó la vigencia plena de la ideología liberal clásica. En consecuencia, la historiografía mostró esa tendencia (o fue su producto) como expresión de una mentalidad burguesa que, desdeñando los valores tradicionales, quiere y aspira a que en la sociedad se cumplan unas determinadas normas de convivencia. Su culto por la libertad -comenzando por la o las libertades que favorecen a ese grupo social- su ordenamiento cívico a imitación del admirado constitucionalismo sajón, su desprecio por las condiciones de vida socio culturales y económicas de las viejas comunidades, su apertura al comercio universal, la aceptación del principio de la división internacional del trabajo, la libre competencia, son algunas de sus notas. Por lo tanto, prosigue la oposición al pasado colonial (antiliberal, monopólico, proteccionista).

A esto vino a sumarse el positivismo, que significa una nueva toma de actitud mental frente a la realidad, que encerró el conocimiento en la esfera de lo dado por la experiencia, que tomó ejemplo de las ciencias naturales como criterio científico para alcanzar la verdad en todos los órdenes y que, con la teoría causal, fundamentó el progreso indefinido, a lo que habría que unir notas como el mecanicismo, el pragmatismo, el determinismo, sobre las que no podemos extendernos.

En lo que hace a nuestro *métier*, se entendió entonces que la base de la reconstrucción histórica erudita y científica debía ser el texto documental. Pero, claro; los documentos tienen que ser sometidos a la depuración de la crítica, en la seguridad de que, sin ésta, no hay historia posible.

Destaco que si bien estos son los signos del tiempo, en la historiografía americana que agrupo bajo este rubro de liberal positivista, erudita y documentalista -y en el que reúno a trece historiadores (un colombiano, cuatro mexicanos, cuatro chilenos, un boliviano, dos uruguayos y un ecuatoriano)- aparecerán también autores importantes cuyas convicciones de católicos los llevarán a exponer con otro criterio los hechos que estudian. Tal, el caso del ecuatoriano Monseñor Federico González Suárez, del

mexicano Joaquín García Icazbalceta y del colombiano José Manuel Groot. Pero en todos -por ejemplo, el citado monseñor ecuatoriano trabajaba en el Archivo General de Indias de Sevilla en los mismos días en que lo hacía José Toribio Medina reuniendo los fondos principales de la historia colonial de Chile- en todos, digo, el afán documentalista, la necesidad de respaldar todas sus afirmaciones en los textos y la constante referencia a las fuentes, constituyen una nota común.

Ahora bien; con referencia a la interpretación de la obra de España en América, podría formar un primer subapartado en el que los citados Groot, García Icazbalceta, González Suárez y el uruguayo Francisco Bauzá dan cabida y resaltan en sus importantes obras a la religión como elemento vital de la civilización y el progreso traídos por la empresa colonizadora. Tratan temas arduos, como repartimientos y encomiendas, la posición ante las culturas aborígenes, la moralidad de ciertas instituciones.

Coinciden en que la sociedad de sus respectivos países se fue formando en esos trecientos años "y sus vicios y sus virtudes, su vida toda entera, entonces fue vaciada y amoldada en la turquesa colonial; hoy somos lo que somos, porque ayer fuimos lo que fuimos", escribió González Suárez.

Tanto la *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, como el *Fray Juan de Zumárraga* y la *Historia General de la República del Ecuador* y la *Historia de la dominación española en el Uruguay*, son obras imprescindibles, producto, en los cuatro casos respectivos, de esfuerzos valiosos en pos de la verdad, redactadas con propósitos patrióticos y morales. Además, muestran una visión providencialista de la Historia y destacan, por ejemplo, la labor civilizatoria cumplida por los jesuitas en América.

Groot confesó haber hallado "enlazada la parte eclesiástica con la civil y política, como que la religión ha sido en estos países el elemento vital de su civilización y progreso". Y entonces, en "la defensa de la verdad histórica en orden al clero", se halló prontamente defendiendo el sistema colonial español. Y quiso demostrar en su *Historia eclesiástica y civil...* que la civilización de la América hispánica había sido obra exclusiva de la Iglesia. Se trata, pues, de un libro apasionado, de polémica, pero escrito por un hombre de gran integridad.¹²

El *Juan de Zumárraga* de García Icazbalceta sigue siendo un estudio fundamental para el conocimiento de los orígenes reli-

glosos de la Nueva España. El autor sabía, según escribió, "que uno de los mayores obstáculos para el esclarecimiento de la verdad histórica es la consistencia que llegan a adquirir ciertos errores, (por lo que) hay la necesidad de rectificarlos". Y, entre esos errores, "uno de los más arraigados es la creencia de que la destrucción de los manuscritos mexicanos fue obra exclusiva de los primeros misioneros quienes, por puro fanatismo, acompañado de crasa ignorancia, acabaron indistintamente con todo".¹³

Entonces, se aplicó a eso, analizando a todos los autores, y llegando a demostrar que Zumárraga no quemó los archivos de Tezcoco y que los frailes han sido objeto de cargos exagerados en lo relacionado con la destrucción de pinturas. Por otra parte, la devastación de los templos aztecas era inevitable, pues "los misioneros no eran anticuarios, sino que venían a la conversión de los indios". Y "la persistencia de los indios principales en la idolatría demandaba medidas enérgicas". Pues "no podían guardar aquellos como objetos de museo".

Y en cuanto a los que se lamentan por esas pérdidas - sobre las que él ha razonado como nadie viendo la cuestión en todos sus ángulos, como cantidad numérica de españoles, supervivencias de prácticas en los indios recientemente convertidos, peligro de conservar ídolos entre ellos, significado de todas estas cosas para un mundo que había que convertir, etc. - dice que no lo hacen por espíritu científico, sino por

"espíritu de partido o de secta, que cree encontrar un arma contra España y contra la Iglesia, en la supuesta ignorancia de sus primeros enviados... La sana crítica no conciente ya que se estén repitiendo esas absurdas acusaciones contra los misioneros, y en particular contra el señor Zumárraga".¹⁴

Por su parte, Francisco Bauzá destaca en el proceso de formación del Uruguay la existencia de tres elementos básicos: los jesuitas, los portugueses y los españoles. A los primeros los considera como "verdaderos heraldos de la civilización europea" en esa tierra, y como "constantemente defensores del dominio español contra el extranjero". Y respecto de los últimos dice que, "si durante dos siglos", los españoles "dejaron de lado la conquista efectiva del

Uruguay, cuando advirtieron sus posibilidades iniciaron el proceso que le permitió al país ascender de la oscuridad del barbarismo a las esferas de la civilización cristiana". Y agrega que España aportó tres elementos al nuevo continente: religión, costumbres e idiomas.¹⁵

Un segundo subgrupo podríamos formar con notables historiadores no católicos, como los anteriores, pero igualmente serios, sinceros y con obra de gran calidad. Me refiero, por ejemplo, al boliviano Gabriel René Moreno, al mexicano Justo Sierra y al chileno José Toribio Medina.

Muestran una característica inicial: son especialistas, pero cultos; son eruditos, pero creadores. De Gabriel René Moreno menciono ahora, solamente, dos obras: *Últimos días coloniales en el Alto Perú* y el *Catálogo del Archivo de Moxos*.

El primero es, sin duda, su mejor libro, en cuanto estructura interna, estilo y sentido histórico. Logra, a veces, una verdadera reconstrucción del pasado en la que, también, lo acompaña su prosa descriptiva, muy de época. En sus apreciaciones, aparece como un hombre moderado y respetuoso, no como un positivista enragé. Pero asimismo hay graves contradicciones como, por ejemplo, cuando tras haber mencionado al despotismo español como causa de la revolución que iba a estallar, escribe páginas después: "El Alto Perú reposaba en paz y justicia y las provincias de La Plata, Santa Cruz, Cochabamba y Potosí, durante casi todo el reinado (de Carlos IV) estuvieron regidas por mandatarios venerables, rectos, compasivos del pueblo".¹⁶

Con relación a la otra obra mencionada, el *Archivo de Moxos*, contiene observaciones de interés e importancia, tanto en el desarrollo como en las notas. Sobre los indios, hace consideraciones acerca de su inferioridad física y mental y espiritual para actividades de la vida política, social e intelectual. Entendía que los jesuitas habían hecho con ellos la única obra posible y, más que esto, que había que someterlos -a fines del siglo XIX- "al antiguo régimen observado por (aquellos sacerdotes) y que produjo tan brillantes resultados".¹⁷

En cuanto al maestro mexicano Justo Sierra, diremos que su libro: *La evolución política del pueblo mexicano* es excepcional, producto del trabajo de un humanista dueño de un varonil estilo. Salido del riñón del positivismo, Sierra supo elevarse y reconocer, con gran ecuanimidad que, por ejemplo, la (que llamó) "incom-

parable empresa" de Cortés dió nacimiento a México, que la españolización era equivalente de cristianización y que los indios fueron iniciados en una cultura superior.

Como muestra de su amplio criterio les leo estos párrafos en los que se refiere a la labor misional:

"Los apóstoles destruyeron los templos por centenares, calcinaron o rompieron los ídolos por millares y cuanto en pinturas o escrituras pictóricas pudo presentárseles que significase idolatría o que ellos creyesen tal, fue destruido; imposible que hubiesen hecho otra cosa hombres de ese ardor y en aquellas circunstancias. Allí se consumieron datos preciosos para la historia de la vida y del pensamiento de las familias aborígenes; y esto no está compensado con lo que los frailes guardaron, al cabo, de esos inestimables documentos, con lo que hicieron escribir y con lo que escribieron. Está compensado con la plena iniciación de la familia indígena en el cristianismo, con la abolición de las supersticiones de sangre, con haberlos puesto en la ruta que debía conducirlos a la solidaridad con el mundo de la civilización; lo mismo que absuelve la Historia la crueldad de la conquista de los meshicas, absuelve la destrucción de los documentos indígenas: no eran arqueólogos, eran apóstoles aquellos hombres; juzgaron necesario lo que hicieron; el objetivo era superior al valor de los monumentos, por valiosos que se les suponga; la pérdida fue irreparable, la ganancia fue inmensurable".

"... el cristianismo predicado a los indios fue de bulto, como debía ser: una dependencia de un juez y rey supremo, un alma que sobrevive al cuerpo y responderá de sus actos ante ese juez; los premios y los castigos, éstos sobre todo, terribles, como conviene a razas recién salidas de la matriz étnica, a razas niñas; su igualdad absoluta ante ese juez con sus conquistadores, con sus amos; una reforma en las costumbres encaminada, sobre todo, a la destrucción de la poligamia y a la emancipa-

ción moral de la mujer y al odio a los ídolos y a los ritos sanguinarios...

Y como los frailes eran los que llevaban aquí el poder de los abogados y de los santos, a ellos les entregaban las ofrendas y las almas. Así llegaron las órdenes religiosas a ejercer la paternidad de toda la familia conquistada. La raza aborigen pagó a la iglesia el inmenso favor que recibió de ella, porque ella le salvó la vida".¹⁸

Algo semejante en cuanto a la calidad de su trabajo, podríamos expresar respecto del gran polígrafo chileno José Toribio Medina, pues bien que formado en ambientes liberales, su vocación y sus notables condiciones lo llevaron, tras sus viajes a España, a publicar estudios sensacionales relativos a la cultura americana, sobre la imprenta, la Inquisición, los descubridores, los escritores, etc. en una labor que abarcó todo el Continente. Permaneció siempre honesto y recto en la verdad de los documentos, tratando de sacar de ellos la porción más rica de vida.

Por último, con historiadores como Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana (chilenos) y Vicente Riva Palacio (mexicano), podríamos integrar el último subgrupo, en el que la ideología liberal y positivista tuvo clara predominancia. Sus obras son fundamentales en cuanto reconstrucción documental. De los tres, Barros Arana es el más importante. Se propuso descubrir el pasado con objetividad, con imparcialidad. Pero ese fin fué alcanzado nada más que en cierta medida, ya que sus preconceptos condicionaron el esfuerzo.

En cuanto a la acción colonizadora de España, en su *Historia General de Chile* hace una crítica amplia ya que encuentra que los defectos de la cultura, más el sistema económico comercial y el predominio de la religión católica, contribuyeron a mantener a estas tierras en dependencia y atraso, en ignorancia y relajación de costumbres, lo que dió por resultado la desorganización y la postración.

Llegamos ahora a la producción historiográfica más contemporánea (hasta el año 1980, aproximadamente).

Continuarán en esta etapa las influencias positivistas, eruditas y críticas de los grandes maestros europeos como Ranke o Mommsen, o Fustel de Coulanges. Se buscará, de preferencia, referir cómo han pasado las cosas y se cree que, sin erudición, no hay Historia...

Pero, en cierto modo puede decirse que, si bien habrá historiadores americanos que en el siglo XX mantendrán o serán herederos fieles de la ideología revolucionaria liberal -en el sentido de que no han aceptado cabalmente el orden fundado por la tradición católica en América y sólo han alabado el surgido de la razón demiúrgica del hombre americano por la Emancipación, como heredero del liberalismo clásico -también existirán otros para quienes se trató, preferentemente, de situarse con desconfianza ante la ley del progreso y la doctrina de la evolución, vista la tremenda crisis espiritual que afectará al mundo de su tiempo.

Hondos cambios se producen en la conciencia de los estudiosos hacia las décadas tercera y cuarta de este siglo. Ellos han visto, vivido y sufrido dos terribles guerras que marcaron a fuego la marcha de las grandes naciones representantes del liberalismo político.

Y en América, los liberales creen haber hecho estos países a la medida europea (predominantemente inglesa) no sólo por su acople al comercio internacional, sino por la formación de la conciencia histórica nacional, que es una conciencia liberal, que glorifica los orígenes de las patrias como productos únicos de la obra de un grupo de hombres progresistas y clarividentes.

Frente a esto, aparecerá una interpretación que busca ampliar esa conciencia nacional para que no quede restringida a las elites capitalinas, reformulando la nacionalización de la interpretación histórica.

La primera guerra mundial había puesto en causa las viejas maneras de pensar la historia; era necesario superar el maniqueísmo implícito en la concepción liberal por una integración amplia con el pasado histórico americano y un rescate de los valores o esencias nacionales.

En suma; el hombre occidental vió destruídos, tras la primera guerra mundial, los mitos de la Revolución francesa, la creencia en la fraternidad, el progreso, la paz perfecta, la democracia individualista. Y, tras la segunda gran contienda, vió

el crecimiento del comunismo y de las tensiones de la guerra fría, vió progresar el materialismo y todas las interpretaciones del afán de utilidad económica, del edonismo, del consumismo, la despersonalización y demás.

El liberalismo, que había sido la consecuencia laica, pero lógica, de la libertad de conciencia proclamada por la reforma protestante, y que había pretendido la soberanía de la razón humana para conducir el mundo, encontróse frente a efectivos fracasos y críticas. Al negar la autoridad de Dios sobre el hombre, quitaba a la sociedad civil la influencia reguladora de la religión. Era necesario volver a reconocer el predominio de las fuerzas espirituales en la Historia.

Y en América concretamente, los intelectuales que seguían los avatares del pensamiento europeo, empezaron a reaccionar, también, contra el materialismo, el aburguesamiento, el egoísmo y la falta de espiritualidad. Entonces, se leen, se discuten y se valoran las obras de Spengler, de Croce, de Berdiaeff (después seguirán Maritain, Ortega y Gasset... y, más adelante Henri Berr y L'École des Annales).

Se hizo la crítica al liberalismo positivista y comenzó a tomar cuerpo un movimiento que se llamó Modernismo en el orden literario pero que fue mucho más que eso. Pues se revalorizó la tradición -que en este Continente no podía ser otra que la obra civilizadora de España- para afirmarse en los orígenes culturales, iniciándose una estimación de lo nacional americano, al buscarse la superación del dogma de la autodenigración, la mala conciencia o el complejo de inferioridad ante el común pasado.

En la renovación que todo esto significó habrá posiciones distintas. Desde la del simple conservador que expone su criterio opuesto al del progresismo liberal simplemente por reaccionario, hasta el historiador católico comprometido que repudiará al liberalismo por su relativismo, su desprecio hacia la verdad revelada por Cristo y su falta de sentido para entender la obra cumplida en América por la Iglesia católica, pasando por liberales renovados que, también con amor a la verdad, han debido superar prejuicios y preconceptos.

Para esta etapa que denominaría de la renovación crítica, quiero nombrar a los historiadores de quienes habría que ocuparse: son los venezolanos José Gil Fortoul, Vicente Lecuna, Laureano Vallenilla Lanz, Caracciolo Parra Pérez y Mariano Picón Salas; los

colombianos Ernesto Restrepo Tirado y Eduardo Posada; los paraguayos Cecilio Báez, Fulgencio R. Moreno y Efraim Cardozo; los mexicanos Carlos Pereyra, Mariano Cuevas, José Vasconcelos, Daniel Cosío Villegas, José Bravo Ugarte y Luis Chávez Orozco; el uruguayo Luis Alberto de Herrera; los chilenos Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina, Tomás Thayer Ojeda, Guillermo Feliú Cruz y Jaime Eyzaguirre; los bolivianos Alcides Arguedas y Humberto Vázquez Machicado; los peruanos Víctor Andrés Belaúnde, José de la Riva Agüero, Ruben Vargas Ugarte, Raúl Porras Barrenechea y Jorge Basadre; el ecuatoriano Isaac J. Barrera y el cubano Emeterio Santovenio. Son un total de 31 historiadores.

Como cae de suyo, es imposible referir la particular visión de cada uno sobre la labor de España en América. De las distintas ópticas interpretativas, voy a entresacar tres elementos que hacen a la concepción histórica predominante en este conjunto, y otros tantos que afectan a la labor historiográfica. Entre los primeros, tendríamos:

- 1) que hay coincidencia en asignar importancia a la tradición, para marcar la predominancia de las ciudades, los modos propios de relación entre distintas clases sociales en las jurisdicciones rurales, la sana carencia de ideologías hasta fines del siglo XVIII, un conjunto de distintas expresiones que revelan el cariño y el apego por la patria chica;
- 2) que también hay acuerdo en registrar el hecho de la formación de una clase dirigente criolla habilitada por sus estudios, sus viajes, su riqueza, para desempeñar el gobierno o tomar el poder;
- 3) que casi todos ellos muestran la certeza de que muchos países de América hunden sus raíces en dos elementos: el autóctono (aztecas, incas) y el occidental y cristiano, primordialmente hispánico. Uno de ellos, Riva Agüero, escribió:

"El Incario nos ha dado el territorio, la idea de una patria arcaica y legendaria; el señorío natural que brota del paisaje y se enriquece en la historia. La colonización española nos ha traído la concepción cristiana de la vida, la lengua, la tradición filosófica occidental, la familia, la idea de la nacionalidad y el sentido del derecho y de la justicia".¹⁹

En cuanto a la labor historiográfica, diría que

1) comienza la revisión científica con método riguroso dentro de la ciencia positiva. La tarea heurística sigue siendo fundamental, con gran aprecio por las fuentes documentales del interior de los países, salvo contadas excepciones de ensayistas notables e ilustrados (caso Vasconcelos);

2) Aparecen claras influencias del organicismo spenceriano, del darwinismo social y, en general, de corrientes científicas, junto a otras de claro corte espiritualista;

3) Se notan variadas incursiones en disciplinas tan importantes como la economía, la demografía, la psicología social, etc., que amplían notablemente el campo de la historia americana.

Quiero rescatar, para concluir, que esta renovada historiografía no hace la exaltación del hispanismo exclusivamente desde el punto de vista católico. Hubo grandes historiadores liberales, como el venezolano Mariano Picón Salas, por ejemplo, que escribió:

"Es necesario aclarar este tema (de la tradición hispánica) no por ese hispanismo académico que han exaltado las clases conservadoras en Sur América, ni por espíritu colonialista, sino porque es a través de formas españolas como nosotros hemos penetrado en la civilización occidental... Por la ruptura de los imperios indígenas y la adquisición de una nueva lengua común, la América hispana existe como unidad histórica".²⁰

Por lo tanto, todo lo anterior debe entenderse como producto del estudio acendrado de la historia.

Ahora bien; hay dos casos que, en cierto modo, superan estos planteamientos. Son los del mexicano Carlos Pereyra y del chileno Jaime Eyzaguirre.

Pues el primero, surgido de las últimas generaciones positivistas de su patria, sufrió una gran conversión intelectual y espiritual en España, hasta llegar a transformarse en el defensor más preclaro y desinteresado de la obra de España en América. Así, enfrentándose con los mitos y sus creadores, con los errores de bulto y las inexactitudes a designio, mediante una dosis inevitable y envidiable de ironía -pero siempre con demostraciones serias y

oportunas- hará caer de sus pedestales a cuantos inmerecidamente (personas e interpretaciones) le parecía que debían verse reducidos a sus justas proporciones.

En consecuencia, levantó la piqueta de su erudición contra esa serie de prejuicios que constituyen la leyenda negra anti española, llegando a lograr el mayor de los éxitos en donde otros habían fracasado.

Pereyra llegó a ser así, en mi concepto, el espíritu más equilibrado y la inteligencia más penetrante y fina que ha producido nuestro mundo en la defensa de sus valores históricos, nacionales e internacionales. Y todo ello, por supuesto, sin convertirse en un reaccionario en el sentido de añorante nostálgico del pasado. Al contrario; él combatió esa posición, ya que tenía fe en las fuerzas espirituales del Nuevo Mundo.

En realidad tengo para mí que lo que más le complacía a este gran maestro de la historia americana era explicar, aclarar, demostrar, y exponer o revisar los puntos oscuros de la historia, las cuestiones candentes, los "tabúes", los criterios estereotipados para, en todos los casos proceder, por medio de la crítica que tenía por base su gran información, a romper los clichés, los moldes y las frases hechas, a demoler las supercherías y a aventar las quimeras, buscando siempre establecer la verdad más clara y diáfana, aunque tuviera que contradecir, ironizar y dejar mal colocadas a pretendidas autoridades antiguas o modernas.

En la nota Preliminar de su monumental *Historia de América española*, escribió Pereyra esta definición: "la historia es presencia de almas, no solamente rememoración externa de hechos materiales", es decir, la historia deberá ser resurrección en la reconstrucción interpretativa del pasado humano. Por eso la historia es investigación y exégesis, heurística y hermenéutica.

Y en otro libro suyo, *La obra de España en América*, que integra una trilogía junto con *La conquista de las rutas oceánicas* y *Las huellas de los conquistadores* -publicados entre 1920 y 1930- se explica siguiendo un método expositivo, haciendo narraciones sucintas, allegando datos para, en seguida, colocarse en posición de crítico, esto es, de analizador de cuestiones. ¿Cuáles?

Sin pretender enumerarlas todas, he aquí algunas de las principales:

- la obligada tendencia dispersiva de la colonización espa-

ñola, impuesta por el medio geográfico:

- que a fines del siglo XVI, las distintas áreas pobladas vivían unas a espaldas de las otras, de manera tal que quedaba cerrado el espíritu de las colonias al sentido de la unidad;
- la agricultura y la ganadería fueron más permanentes fuentes de trabajo y riqueza que las explotaciones meta-líferas;
- hubo numerosos esfuerzos individuales que dieron por resultado un conjunto de civilización realmente notable en varios órdenes;
- pero el sistema comercial español tenía su talón de Aquiles en la organización comercial. Aquí Pereyra destaca la significación del monopolio ejercido por una oligarquía antinacional;
- en cambio, por su parte, "los ingleses tuvieron la ventaja de dirigir su colonización hacia un territorio que por el clima y los productos era semejante en todo al de la madre patria y que representaba una ventaja de posibilidades ilimitadas de expansión";
- de allí surgió un
 - "enorme contraste entre la humildad de los orígenes y el voluminoso resultado, como es notable el contraste que presentó el soberbio arranque inicial de los colonizadores meridionales con el estancamiento posterior. En un caso, tenemos el mejor ejemplo de la economía del esfuerzo; y en el otro, el de una disipación máxima de energía...;"

Junto a estas observaciones sobre los resultados primeros de la penetración europea en América, habrá otras referidas, por ejemplo, a la significación que tuvo el hecho de la expulsión de los jesuitas como causa eficiente de la futura separación de las provincias españolas de ultramar; a que, en otro territorio colonizado, Inglaterra perdería sus posesiones "por la formación de intereses inconciliables" entre éstas y su dominación, y que la falta de estabilidad económica ha sido la causa general de los trastornos hispanoamericanos de la etapa independiente.

Con todo, y aun reconociendo la importancia que tienen estos planteamientos, creemos que el mérito mayor de este libro de Pereyra consiste en haber destacado que la penetración

española no se agotó en una empresa guerrera, sino que con ella vino la civilización en manos de lingüistas, etnógrafos, historiadores, metalúrgicos, naturalistas, impresores, constructores, muchos de cuyos nombres son rescatados por el autor.²¹

En cuanto a Jaime Eyzaguirre, corresponde decir que, preocupado por hallar las raíces de la formación del pueblo chileno, se dedicó de lleno a los estudios históricos. En él, las influencias de pensadores y escritores católicos como Leon Bloy, Romano Guardini, Carl Adam, se unieron a sus lecturas de los autores españoles de la Generación del 98 y, especialmente, de Ramiro de Maeztu. Así llegó a ir dando forma a su ideario hispanista que, luego, redondearía en otros planos con lecturas de Berdiaeff, Maritain, José Antonio Primo de Rivera, etc.

Su visión de la historia de Chile está ligada al pasado hispano occidental. Chile recibió, a través de España, una cultura cristiana. En la empresa americana, escribió, "la finalidad religiosa y misionera se alza dominadora impregnándolo todo de su espíritu. Todo paso civilizador aparece desde el primer momento ligado a la obra misionera y son religiosos los que traen a América los rudimentos iniciales de la cultura occidental".

De manera que, para Eyzaguirre, hispanismo y catolicismo van siempre unidos, entendiendo al hispanismo como una forma de vida sustentada en los principios católicos y en el espíritu de Occidente.

Y como esta herencia debe mantenerse viva y acrecentarse, Eyzaguirre asignará gran importancia a la tradición. Olvidarla o ignorarla sería negar nuestra esencia y poner en peligro el ser nacional.

Por lo tanto,

"iniciar automáticamente la existencia de estos pueblos en el año de 1810 (como ha hecho la mayor parte de la historiografía americana) y poner en voluntario olvido trecientos años de vida social en que se forjaron las bases culturales de todo el continente, es dejar sin significación el curso de los hechos, esconder el punto de convergencia familiar de veinte naciones y entregar, como consecuencia, a las generaciones futuras, una visión incompleta y adulterada de la his-

toria. La Patria libre no es una extraña flor brotada de súbito y capaz de explicarse por sí misma. Ella tiene su prosapia, su luenga raíz que se clava en la hondura para entroncar con el día lejano que por vez primera voces españolas -voces del occidente cristiano- se hicieron oír en el aire de América. Entonces les llegó a las mil razas autóctonas, dispares e inconexas, el telar donde una y otra pudieron unir al fin sus hilos solitarios en una trama armónica y común. Entonces el Nuevo Mundo dejó de ser un simple accidente geográfico, para sentir que le brotaba un alma colectiva, capaz de proyectarse en una realidad cultural".²²

En conclusión, yo diría que esta fugaz revista a la evolución de la historiografía americana contemporánea en lo que hace a la interpretación de la acción española en América, nos ha mostrado en las cuatro etapas por las que ha ido pasando: Historiografía de la Independencia, del romanticismo, del liberalismo positivista y documentalista y, por último, de la renovación crítica, que esa interpretación ha ido variando, enriqueciéndose y logrando que su complejidad propia se convierta en acicate para nuevos estudios.

Se aprecia un esfuerzo creciente por hacer más matizada una visión del pasado común, producto del estudio más científico y especializado, superador de estériles enfrentamientos (o de polémicas reales y existentes entre liberales y conservadores, o entre revisionistas y clásicos) ampliando el debate al plantearlo desde nuevos parámetros y dando respuestas a modernas requisitorias.

La historiografía, así, es una muestra importante de cómo el conocimiento histórico se ha ido objetivando, de manera que el pasado, la tradición y la cultura habrán de ser más que una imagen, un contacto vital y perdurable con la entraña de nuestra existencia.

NOTAS

- 1 Guillermo CESPEDES del CASTILLO: *Textos y documentos de la América Hispánica (1492-1898)*. Madrid, Labor, 1988. pp. XI.
- 2 En Jorge BASADRE: Prólogo al Tomo IV de las *Obras Completas* de José de la RIVA AGUERO: *Estudios de Historia peruana. La Historia en el Perú*. Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú, 1965. pp. XVII.
- 3 Lorenzo de ZAVALA: *Umbral de Independencia*. México. Empresas Editoriales S. A., 1950. pp. 29 y 43. Cit. por Josefina Zoraida VAZQUEZ: *Don Lorenzo de Zavala, político e historiador*. U. N. A. M. Año I. México, 1961.
- 4 *México y sus revoluciones*. Tomo II. 2da. ed. México, Porrúa, 1965. pp. 17.
- 5 María del Carmen VELAZQUEZ: *Lucas Alamán, historiador de México (1792-1853)*. En *Estudios de Historiografía americana*. México, 1948. pp. 394.
- 6 *Historia ...* Tomo I. Parías, 1827. pp. 79.
- 7 Josefina Zoraida VAZQUEZ: *La historiografía romántica en México*. En *Historia Mexicana* N° 37. México, julio-setiembre de 1960. pp. 2 y 3.
- 8 Juan José HERNANDEZ ARREGUI: *Las corrientes históricas durante el siglo XIX*. En *Trabajos y Comunicaciones*. Universidad Nacional de La Plata. N° 2. La Plata, 1951. pp. 55 y 56.
- 9 Ed. FUETER: *Historia de la Historiografía moderna*. Tomo II. Buenos Aires, Nova, 1953. pp. 208.
- 10 Cfr. Edberto Oscar ACEVEDO: *Repercusiones del 48 europeo en América*. En *Revista de Historia Americana y Argentina*. Año XV. Nos. 29 y 30. Primera Sección. Instituto de Historia. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, 1989-1990 (Separata).
- 11 Luis GALDAMES: *La juventud de Vicuña Mackenna*. Santiago. Anales de la Universidad de Chile, 1932. pp. 166.
- 12 Citas tomadas de la *Introducción* (pp. 7 a 10) del Tomo I de la *Historia eclesiástica...* Los comentarios, en Germán POSADA MEJIA: *Nuestra América*. Notas de historia cultural. Bogotá. Caro y Cuervo, 1959. pp. 280.

13 Joaquín GARCIA ICAZBALCETA: *Don Fray Juan de Zumárraga*. Madrid. reed. 1929. pp. 273.

14 Idem, íd. pp. 415 y 420.

15 Juan E. PIVEL DEVOTO: *Francisco Bauzá*. Historiador y adalid de la nacionalidad uruguaya. Luchador político y social. Tomo I. Montevideo. Barreiro y Ramos, 1968. pp. 213-217.

16 Ob. cit. Tomo I. La Paz. Renacimiento, 1940. pp. 74 y 151.

17 Citas en *Prólogo* de Hernando SANABRIA FERNANDEZ (pp. I a XV) y en *Introducción* de G. R. MORENO (pp. 11 a 85 y esp. 60) a *Catálogo del Archivo...* La Paz, juventud., 1974.

18 *Evolución política...* México. F.C.E. 2da. ed. 1940. pp. 88-90.

19 César PACHECO VELEZ: *Prólogo* al Tomo II de José de la RIVAAGUERO: *Afirmación del Perú*. Lima. Instituto Riva Agüero, 1960. pp. XVII-XVIII.

20 *De la Conquista a la Independencia. Tras siglos de historia cultural hispanoamericana*. México. F.C.E., 1944. pp. 39.

21 Cfr. Edberto Oscar ACEVEDO: *Carlos Pereyra, historiador de América*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1986.

22 Jaime EYZAGUIRRE: *Fisonomía histórica de Chile*. México F.C.E., 1948. pp. 7.